

SIN DIRECCIÓN FIJA



SUSIN NIELSEN

DESTINO

SIN DIRECCIÓN FIJA



SUSIN NIELSEN

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2019
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *No Fixed Address*
© del texto, Susin Nielsen, 2018
Traducido por Gerardo Hernández Clark
Diseño de cubierta: © Pedro Daniel González
Ilustración de cubierta: © Pedro Daniel González
Diseño de interiores: Gerardo Hernández Clark

© 2019, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial DESTINO INFANTIL & JUVENIL M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Delegación Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx
© de esta edición: Editorial Planeta S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: septiembre de 2019
ISBN: 978-84-08-21477-9
Depósito legal: B. 15.380-2019
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel **ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



27 de noviembre, 0.05 h

Mi pierna se sacudía de arriba abajo. En la silla, yo me apoyaba primero sobre una nalga, luego sobre la otra. Tenía las palmas de las manos húmedas y el corazón latía con fuerza en el pecho.

—Nunca me habían interrogado.

—No te estoy interrogando, Felix. Solo estamos charlando, nada más.

—¿Lo estás grabando?

—¿Para qué iba a hacerlo?

—Así lo hacen en la tele.

—No estamos en la tele.

El frío de la silla metálica atravesaba el pantalón de mi pijama.

—¿Los policías veis series policiacas?

—Claro.

—Pero ¿no es como llevarse el trabajo a casa?

Constable Lee sonrió. Tenía los dientes muy bien alineados. Gracias a mis poderes de observación (abreviado como PDO) supe que provenía de una familia de clase media, capaz de pagar a un ortodoncista. Por mis PDO también supe que disfrutaba de la comida: los botones de su uniforme estaban tensados al máximo.

—En realidad, no —respondió—. Para nosotros también es una forma de evadirnos, aunque a veces le gritamos a la tele cuando hacen algo totalmente falso.

—¿Como qué?

—Como grabar una conversación como esta. Solo las grabamos si la persona ha sido acusada de cometer un crimen, o si se sospecha que lo cometió.

—¿Están grabando a Astrid?

—No puedo responder a esa pregunta.

¡Ay, no! Casi nunca lloro, pero de repente sentí que se me iban a salir las lágrimas, y frente a una policía. Creo que se dio cuenta, porque agregó:

—Lo dudo mucho.

Tomé aire. Lo solté. Me enderecé en la silla. Traté de aparentar calma y de mantener la compostura, aunque sabía que mis rizos rubios estaban despeinados y levantados en todas direcciones porque, hasta el momento en que todo empezó a ir a peor, yo estaba acostado en mi cama. Por si fuera poco, llevaba puesto mi viejísimo pijama de Minions, que, además de ser infantil, me quedaba pequeño. Cons-

table Lee y su compañero no nos dieron tiempo para cambiarnos.

—Quisiera hablar con mi abogado.

—Déjame adivinar: eso también lo has visto en la tele.

—Sí.

—¿Tienes abogado?

—No. Pero la ley me permite tener uno, ¿no?

—Sí, pero no lo necesitas. No has hecho nada malo.

—Entonces ¿puedo irme?

—Supongo. Pero ¿adónde irías?

Pensé en Dylan y en Winnie; luego recordé que les dije que no quería volver a verlos nunca.

—¿Cuándo terminarán de hablar con Astrid?

—No creo que tarden. —Me miró fijamente mientras sacaba y metía la punta de su bolígrafo: clic, clic, clic, clic—. ¿Puedo preguntarte algo? ¿Por qué no la llamas mamá?

—Dice que es muy jerárquico.

Por enésima vez recorrí con la mirada aquel enorme lugar, donde había un montón de escritorios y unas pocas personas. Y, por enésima vez, no logré ver a Astrid.

Le envié un mensaje mental, «Todo saldrá bien», pues siempre está diciéndome que recibirá todo lo que le mande. Ya no creo en eso, pero teniendo en cuenta las circunstancias, valía la pena intentarlo.

—Pero que quede claro —le dije a Constable Lee—: Astrid es una madre estupenda.

—Me alegro. —Pulsó una tecla de su ordenador—. Voy a hacerte unas preguntas, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Empecemos por tu nombre completo.

—Felix Fredrik Knutsson.

Lo escribió en su ordenador.

—¿Edad?

—Trece. Bueno, casi. Doce y tres cuartos.

—¿Nombre completo de tu madre?

—Astrid Anna Knutsson.

—¿Dirección?

Bajé la mirada a mis pies. Llevaba las katiuskas sin calcetines: no tuve tiempo para buscar unos.

Constable Lee se inclinó hacia mí. Tenía los hombros encorvados. No era una buena postura.

—Esta noche, Felix, cuando acudimos a tu llamada, daba la impresión de que vivíais allí.

¡Ay, cómo echaba de menos a mi madre! Ella daría una explicación creíble. Pero no soy como ella. No tengo su talento para retorcer la verdad.

Así que no levanté la vista del suelo.

Constable Lee empezó a teclear, aunque yo no dije ni una palabra.

—Felix —dijo con dulzura—, puedes contármelo todo.

—Tengo hambre.

—Por supuesto. Debí preguntártelo. —Se levantó apoyándose en el escritorio y se subió los pantalones para ta-

parse la barriga—. Solo puedo ofrecerte golosinas de la máquina expendedora, espero que no haya problema. ¿Tienes alguna alergia? ¿Quieres algo en especial?

—Ninguna alergia. Nada en especial. Aunque me gustan las cosas con sabor a queso.

Constable Lee fue hasta el otro lado de aquella enorme sala. Miré a mi alrededor. Había un par de policías frente a sus escritorios. Uno estaba leyendo *Mecánica popular* y el otro dormitaba.

Giré hacia mí la pantalla del ordenador de Constable Lee. Era un informe de aspecto oficial.

Nombre: Felix Fredrik Knutsson

Edad: 12

Padre o tutor: Astrid Anna Knutsson

Dirección: SDF

Soy muy bueno para descifrar, y en este caso, dado el contexto, lo capté casi de inmediato.

Sin Dirección Fija

Sentí un escalofrío de miedo. Astrid me lo advertía una y otra vez: «Nadie debe averiguar dónde vivimos». Hasta esa noche, solo había roto la regla una vez.

Nuestra tapadera se derrumbó. Me dije que no era por mi culpa. No había otra opción: tuve que llamar a la policía. Si no lo hubiera hecho, quién sabe lo que podría haber ocurrido.

Aun así, los malos escaparon. ¿Y quiénes estaban en la comisaría de policía? Las víctimas inocentes: nosotros.

Sobre el escritorio aparecieron dos bolsas de Cheetos y una lata de Coca-Cola.

—¡Pero qué ven mis ojos! ¡Otro cotilla como Parker!
—exclamó Constable Lee mientras giraba la pantalla a su posición original.

—Nadie sabe cuál es el origen de esa expresión —expliqué—. Algunos creen que se debe a un arzobispo del siglo XVI llamado Parker, que era muy preguntón, pero otros dicen que eso no es cierto porque la frase no apareció hasta finales del siglo XIX.

Sabía que estaba divagando, pero no podía evitarlo.

—Eres una fuente de sabiduría.

—Mi madre dice que acumulo información como las ardillas acumulan nueces.

Constable Lee abrió una bolsa de Cheetos y se metió uno en la boca.

—Escucha. Debes creerme cuando te digo que estoy aquí para ayudarte.

Quería creerle, pero no podía dejar de pensar en mi madre, que gruñía como un cerdo cada vez que veía pasar una patrulla y siempre decía: «Nunca confíes en el sistema». «¿Qué sistema?», le preguntaba yo cuando era más pequeño.

«El sistema. Es una expresión. Se refiere a cualquier forma de autoridad.»

Así que todo lo que le dije a Constable Lee fue:

—Gracias, pero no necesitamos ayuda.

—¿En serio?

—En serio. Nos mudaremos dentro de muy poco.

—Ah, ¿sí? ¿Adónde?

—No lo sé todavía, pero voy a recibir un dinero. La única pregunta es cuánto.

—¿Una herencia?

—No.

—¿Venderás algunas pertenencias?

—No.

—¿Vas a robar un banco?

—Muy gracioso. No.

—Entonces ¿de dónde va a salir ese dinero?

—De un concurso de la tele.

—Bueno, has despertado mi curiosidad. Cuéntame más.

—¿Del programa?

Constable Lee subió los pies al escritorio.

—De todo.

Miré su cara con atención. Mis PDO me decían que se trataba de una persona decente. Tal vez si le contaba la verdad, comprendería que no habíamos hecho nada malo.

Me zampé un montón de Cheetos.

Luego le conté toda la verdad y nada más que la verdad.



Breve historia de las casas

No siempre hemos vivido en una furgoneta. Eso empezó hace apenas cuatro meses a.d.f (antes de la furgoneta). Estuvimos viviendo en un sótano de cuarenta metros cuadrados. Antes de eso, vivimos en un piso de cincuenta metros cuadrados. Y, antes de eso, en un piso de setenta metros cuadrados que incluso era nuestro.

Y, antes de todo eso, vivíamos con Mormor.

La casa de Mormor

Mormor significa «la mamá de mamá» en sueco. Era mi abuela. Astrid y yo vivimos con ella en una casa de una planta en New Westminster, en las afueras de Vancouver, hasta que cumplí siete años. Estaba llena de chucherías suecas. Debía de tener unos cincuenta caballos de Dalecarlia; unas estatuillas de madera pintadas de ro-

jo y azul. También tenía una enorme colección de tom-tar.

Los tom-tar, plural de tom-te, son una especie de gnomos traviesos del folclore sueco. Te cuidan y protegen a tu familia, pero también pueden ser crueles si no los tratas con respeto. Pueden hacerte bromas, robar tus cosas o incluso matar a los animales de tu granja.

Mormor me regaló mi propio tom-te cuando cumplí cinco años. Era de fieltro y lo confeccionó ella misma. Medía unos diez centímetros de alto y tenía una larga barba blanca, un sombrero rojo con forma de cono y un abrigo rojo.

—Tu guardián personal —me dijo—. Lo llamé Mel.

Mormor me cuidaba mientras Astrid estaba trabajando. En esa época, mi madre tenía dos empleos: por la tarde daba una clase de pintura en la Universidad Emily Carr de Vancouver y contestaba al teléfono en una compañía de seguros.

—Cuando ahorre lo suficiente —me decía—, compraremos nuestra propia casa.

No le gustaba vivir con Mormor. Pero a mí, sí. Mormor me llevaba al parque por las mañanas, y por las tardes jugaba al barco pirata, al fuerte o al espacio exterior mientras ella veía sus programas. Drew, Maury, Ellen, Phill, Judge Judy, las mujeres de *The View*... Todos eran como amigos. Y gracias a Mormor conocí *Quién. Qué. Dónde. Cuándo*, con Horacio Blass. Era su programa favorito, y con el tiempo también fue el mío.

Mormor era lo que se dice una luterana. Me leía historias de la Biblia (pero ese era nuestro secretito, ya que Astrid decía que la religión organizada era la causa de todos los males del mundo y había roto con la Iglesia hacía mucho tiempo). Preparábamos *pepparkakor*, que en sueco significa «pan de jengibre», y Mormor me dejaba comer bolitas de masa. A la hora de la siesta trepaba por su regazo y dormía mientras ella veía la tele.

Poco después de cumplir seis años, desperté de una de esas siestas y vi que Mormor estaba dormida. No era nada fuera de lo común; a menudo se echaba un sueñito por las tardes. Me levanté y jugué en silencio en el suelo con mi tren Brio, que era de mi madre y de su hermano, de cuando eran pequeños. Pasó más o menos una hora y, como Mormor no se despertaba, le di un empujoncito. Su cabeza se hundió aún más sobre su pecho. Su piel estaba gris y fría. Luego noté una mancha oscura debajo de ella. Estaba húmeda.

Empecé a reír.

—Mormor, ¡te lo has hecho encima! —Hasta aquel momento, yo era el único de la casa que mojaba los pantalones.

No respondió.

—¿Mormor? —Supe que algo no iba bien. Pero era pequeño, aún no desarrollaba por completo mis PDO. Llamé por teléfono a mi madre. Ella llamó al 911 y vino corriendo a casa. Pero ya no había nada que hacer.

Eché mucho de menos a Mormor y sé que mi madre también. Durante los meses siguientes dormí en el cuarto de Astrid, y todas las noches me llevaba a Mel para que nos cuidara mientras dormíamos. No quería correr ningún riesgo.

Nuestra brevísima experiencia como propietarios

Mormor le dejó toda la herencia a mi madre. No fue tanto como esperaba Astrid porque Mormor transfirió parte de sus ahorros a un príncipe nigeriano. Sin embargo, cuando Astrid vendió la casa al año de la muerte de Mormor, pudimos pagar la entrada de un piso completamente nuevo al oeste de Vancouver.

Aunque yo echaba de menos a Mormor, me encantaba nuestro nuevo hogar. Era pequeño, pero nuestro. El olor a químico de la alfombra nueva flotaba en el aire. Todo era tan nuevo que resplandecía. Astrid colgó sus llamativos cuadros por todas partes. Cenábamos mis comidas favoritas, como queso a la parrilla con pepinillos y palitos de pescado con guisantes. Empecé tercero en el Colegio Público Waterloo y al poco tiempo no solo tuve un amigo, sino un mejor amigo. Dylan Brinkerhoff y yo pasábamos todo el tiempo juntos, jugando al Lego y leyendo libros como *Aunque usted no lo crea*, de Ripley y *Grotescología*. Incluso hicimos una revista llamada *Historias de Urano* y escribimos artículos sobre avistamientos ovni y *poltergeists*. Astrid

consiguió otro trabajo como telefonista en una productora de televisión. Y Emily Carr, donde seguía dando clases dos noches a la semana, solo le quedaba a un corto viaje en autobús.

Sin embargo, al año y medio de mudarnos ocurrieron dos cosas.

La primera: Astrid perdió los dos empleos. No fue por su culpa, al menos no esa vez. Las clases de la tarde se cancelaron porque no había suficientes alumnos inscritos para el siguiente semestre. Y la productora quebró.

La segunda: el edificio donde vivíamos empezó a hundirse.

Sí, a hundirse.

Lo construyeron en la ribera de un antiguo río. Los propietarios del edificio estaban en apuros debido a las reparaciones, que iban a costar cuarenta mil dólares por piso.

Nosotros no teníamos cuarenta mil dólares. Nos las arreglamos para seguir allí un año más, pero al final Astrid tuvo que venderlo. Con pérdidas.

El piso de dos habitaciones

En realidad, era un piso de una habitación con un pequeño estudio. Oíamos las peleas de nuestros vecinos y la alfombra olía raro, pero en general no estaba tan mal. Estaba en el lado este, cerca de Commercial Drive, por lo que tuve

que cambiar de colegio a mitad de curso. Y si bien no hice amigos íntimos, tampoco hice enemigos. Echaba mucho de menos a Dylan. Quedamos una que otra vez, pero Astrid no tenía coche y yo era demasiado pequeño para ir solo en autobús. Por eso, los padres de Dylan tenían que traerlo y llevarlo, y además tenían otros dos hijos con sus propias actividades. Al cabo de unos meses perdimos el contacto.

Como Astrid no pudo encontrar empleo como oficinista ni como maestra, empezó a trabajar por primera vez como camarera, en el Comercial Drive. Tuve que pasar muchas noches solo, pero tenía mi imaginación y los libros de la biblioteca, y además veía los programas con los que Mormor y yo disfrutábamos juntos, como *Quién. Qué. Dónde. Cuándo*.

Una noche, Astrid llegó a casa antes de lo normal. Estaba que echaba chispas.

—Un cliente no dejaba de tocarme el trasero. —Astrid cree firmemente que debe hablarme como a un igual—. Y es a mí a quien castigan. Solo porque le he tirado una bebida a la cara para que me dejara en paz.

En ese momento comprendí que la habían despedido.

Nos atrasamos en el pago del alquiler. Por suerte, Astrid hizo amistad con Yuri, el dueño del edificio, así que no era muy estricto con nosotros. Varios días a la semana, Astrid me preparaba la cena y bajaba un par de horas a su piso. Supongo que era una especie de novio, aunque nunca le pidió una cita formal.

Entonces Astrid conoció a Abelard.

Ya no visitaba el piso de Yuri. Supongo que él se sintió herido, porque nos dejó una notificación de desalojo en nuestra puerta.

El sótano de una habitación

Nos mudamos de nuevo, más hacia el este, cerca de Boundary Road. Eso significaba un nuevo colegio. En esta ocasión fue más difícil. La mayoría de mis compañeros estaban juntos desde la guardería; no necesitaban amigos nuevos.

—¿Qué narices hay en tus genes? —me preguntó un día una niña malencarada que se llamaba Marsha.

—Cincuenta por ciento sueco, veinticinco por ciento haitiano, veinticinco por ciento francés —respondí—. En total, cien por cien canadiense.

Ella frunció los labios.

—Pareces un payaso.

No era la primera vez que se burlaban de mi pelo. Cuando era más pequeño le pedía a mi madre que me lo cortara todo, pero se negaba. Ahora me alegra que reaccionara así. Es parte de lo que soy. Soy como Sansón antes de conocer a Dalila: es mi superpoder. Y Astrid adora mi pelo; dice que le recuerda a dos de sus cantantes favoritos, K'naan y Art Garfunkel. Dice que es bueno tener un rasgo distintivo, y yo estoy de acuerdo la mayor parte del tiempo. Así

que toleré a tontos como Marsha hasta el final de sexto curso. Pero no me gustaba ese colegio. Tampoco me gustaba nuestro piso en el sótano. Olía a humedad y estaba oscuro incluso en días soleados. Además, Abelard estaba allí todo el tiempo.

Astrid consiguió otro trabajo de oficina, en CB Hydro, pero tampoco le duró. Me dijo que despidieron a varias personas y que, como ella fue la última en entrar, también fue la primera en salir. Sin embargo, por lo que oí, pasó algo más. Creo que fue contestona con su supervisor.

—No me resulta fácil tolerar a los idiotas —oí que le decía a Abelard—, y ese tipo era un idiota de primera.

Dos semanas después, Abelard rompió con ella. Lo que nos lleva a...

La Westfalia

La furgoneta era de Abelard.

Mi madre lo conoció en un retiro de meditación. Él era el instructor, o el gurú.

Astrid todavía es guapa, aunque ya tiene cuarenta y cuatro años. Es alta y delgada, y tiene el pelo rubio y ondulado. Veo cómo los hombres se vuelven a mirarla cuando camina por la calle. Así que, aunque Abelard era diez años menor que ella, al final del retiro invitó a mi madre a un café, y desde ese momento fueron insepara-

bles. Cuando nos mudamos al piso del sótano, prácticamente se mudó con nosotros y aparcaba su Westfalia frente al edificio.

Abelard me recordaba a Jesús, pero solo por su apariencia. Tenía el pelo castaño y largo, una barba de *hipster* y bigote. Decía que era budista y no paraba de hablar sobre la paz, el amor y la tolerancia, lo que estaría bien si no fuera porque era un idiota. En primer lugar, mi madre se lo pagaba todo, incluso cuando era evidente que apenas teníamos lo suficiente para sobrevivir. Y, en segundo lugar, tenía un humor de perros. Insultó a mi madre cuando metió sus pantalones de yoga en la secadora en vez de dejarlos escurrir, y cuando interrumpió una de sus sesiones de meditación por accidente.

Era un budista enfadado.

Y yo no lo soportaba.

Cierta noche de julio, Abelard le dijo a Astrid que iba a hacer un «viaje espiritual» a la India y que no podía seguir «atado» a ella. Empezaron a discutir. Salí del piso y di la vuelta a la manzana diez veces. Por una parte, sentía lástima por Astrid, pues sabía que Abelard le gustaba. Pero por otra, me sentía aliviado. Ella merecía algo mucho mejor. Cuando regresé, Abelard ya no estaba.

Pero su Westfalia sí. La furgoneta seguía en la entrada. Astrid me dijo que Abelard se la había regalado, que era

una pequeña muestra de agradecimiento por mantenerlo durante todo ese tiempo.

Ahora me entero de que Abelard la acusó de robar la furgoneta.

Sé que en ocasiones mi madre adorna la verdad. Pero solo un loco creería a Abelard, ese tipo es una víbora. A mi manera de ver, la verdad se encuentra en algún lugar entre esos dos extremos.

Pero estoy adelantándome.

A la semana siguiente de que Abelard se fuera a la India, el casero cambió las cerraduras. Hacía tiempo que quería desalojarnos porque debíamos varios meses de alquiler. Cuando llegamos a casa encontramos nuestras pertenencias amontonadas afuera del edificio. Mi hámster, *Horacio*, estaba en la parte más alta de la montaña de cosas, dentro de su jaula.

Horacio fue mi regalo cuando cumplí diez años. En realidad, yo quería un perro y me decepcionó que Astrid me regalara un roedor. Sin embargo, cuando miré sus ojitos redondos y brillantes y acaricié su pelaje blanco y negro, me enamoré de él. Aunque no podía jugar a traer la pelota, ni correr ni hacer trucos, y aunque su cerebro fuera del tamaño de un cacahuete, lo adoraba. Así que cuando lo vi sobre todas nuestras cosas, de una manera tan precaria, perdí el control. ¿Y si la jaula hubiera caído y él se hubiera hecho

daño? ¿Y si la puerta no hubiera estado bien cerrada y él se hubiera escapado? ¿Y si hubiera aparecido un perro hambriento? *Horacio* no parecía traumatizado, aunque, por otra parte, es difícil identificar emociones complejas en la cara de un hámster.

Empecé a llorar. Muy fuerte. Astrid me abrazó.

—Está bien, Lilla Gubben. Está bien.

(Lilla Gubben es uno de los apodos con los que me llama. Significa «viejito» en sueco. Al parecer, ese era mi aspecto al nacer: calvo y arrugado.)

—¿Qué es lo que está bien? —grité entre sollozos—. ¡No tenemos dónde vivir!

Me agarró de los hombros e hizo que la mirara a los ojos.

—No te preocupes. Encontraré una solución. Siempre lo hago.

Lo que me lleva a...

La casa de Soleil

Astrid empezó a llamar a sus amigos para ver si alguno podía darnos alojamiento durante unas cuantas noches.

Algo que mis PDO me enseñaron a lo largo de los años es que mi madre es muy buena para hacer amigos y mejor aún para perderlos. Por eso no me sorprendió que Ingrid respondiera que no, ni que Karen le colgara el teléfono.

Astrid estuvo pensativa un rato. Luego dijo:

—Lo intentaré con Soleil.

Soleil fue alumna de Astrid en la Emily Carr y también era madre. Muy pronto se hicieron amigas, pero hace dos años tuvieron una gran pelea.

Lo oí todo desde mi cuarto. Al principio estaban celebrando que Soleil había vendido otra pintura, y esa vez a precio récord. Sin embargo, después de dos botellas de vino, Astrid empezó a hablar de la mediocridad de las masas, y que no podía explicarse que unos cuadros aburridos y complacientes como los de Soleil se vendieran, mientras que sus propias obras, superiores y abstractas, no. Soleil se marchó llorando y no volvieron a hablar.

Hasta ahora.

—Dice que podemos quedarnos en su casa unos días —me dijo Astrid cuando colgó el teléfono.

Parecía tan sorprendida como yo.

Metimos todo en la Westfalia y nos dirigimos a la nueva casa de Soleil, en la zona de Main Street y King Edward. Estaba esperándonos en la entrada de una casa grande y moderna. Mientras aparcábamos, Astrid me susurró:

—A alguien le va bien últimamente...

Soleil sonrió al verme. Es alta, ancha de hombros y rostro amigable

—¡Felix, cuánto has crecido! —Luego abrazó a mi madre con frialdad—. Astrid, ¿cómo estás? ¿Qué ha pasado?

—El desgraciado casero nos ha desalojado porque van a remodelar el edificio. —La manera en que las mentiras fluían de su boca era casi admirable.

Soleil nos ayudó a llevar todo al sótano amplio y luminoso de su casa. En la pared colgaba una pintura de rosas amarillas.

—La recuerdo —dijo Astrid—. La pintaste en Emily Carr.

—Y tú me dijiste que era «técnicamente correcta pero emocionalmente muerta». Dijiste que no estaba a la altura de mi verdadero potencial.

El silencio de Astrid inundó la habitación.

La piel blanca de Soleil tomó un color rosado intenso.

—Mis pinturas de rosas son las que más se venden. Casi no doy abasto con la demanda.

Mis PDO me dijeron que estábamos entrando en territorio peligroso.

—¿Quieres acariciar a mi hámster...? —pregunté, pero Astrid habló antes de que Soleil pudiera responder.

—Me alegro por ti, Soleil, lo digo en serio —suspiré aliviado. Pero luego agregó—: Tus obras son perfectas para salas de juntas y despachos corporativos.

Ay, ay, ay.

Soleil cruzó los brazos con firmeza.

—Los padres de Arpad llegarán el fin de semana. Os podéis quedar aquí hasta entonces.

—No me habías dicho eso —dijo Astrid.

—Te lo digo ahora —dijo Soleil con la vista fija en las rosas amarillas.

Soleil y su familia tenían planes para esa noche, así que Astrid y yo nos fuimos al Helen's Grill y pedimos para cenar el desayuno veinticuatro horas. Me sentía ansioso. Es lo que pasa cuando no tienes dónde vivir.

La camarera nos trajo nuestro pedido.

—¿Por qué el menú del desayuno sabe mejor a la hora de la cena? —preguntó Astrid.

—Es uno de los misterios de la ciencia.

Comimos en silencio durante un rato. Luego, Astrid dijo:

—Se me ocurre algo divertido. —La miré con la boca llena de huevos revueltos—. Viviremos en la furgoneta. Solo unas cuantas semanas, mientras encuentro otro lugar donde vivir. Piénsalo, Felix. Serán las mejores vacaciones de verano. La libertad, la aventura... Cuando tenía diecinueve años, mi libro favorito era *En el camino*, de Jack Kerouac. ¡Será genial!

Pensé en ello. Lo más lejos que había viajado era a Victoria, con los de mi clase; fuimos a visitar el edificio del Parlamento provincial cuando yo tenía diez años. Marsha se pasó tirándome del pelo todo el viaje de ida y todo el de vuelta.

—¿Podemos viajar? ¿Atravesar la Columbia Británica? ¿O tal vez llegar a las Rocosas?

—Por supuesto.

—¿Tenemos dinero suficiente?

—Para un mes, sí. Tengo algo ahorrado.

—Si tienes algo ahorrado, ¿por qué nos atrasamos con el pago del alquiler?

Astrid se metió en la boca una tira de bacon.

—El casero nos estaba estafando. No sé cuántas veces le pedí que reparara algo y nunca lo hizo. Nos debía varios meses de alquiler por todo lo que tuvimos que soportar allí.

—Ah.

—Entonces ¿qué dices? ¿Las mejores vacaciones de verano?

Yo no estaba muy convencido, pero no quería ser aguafiestas.

—Supongo. Sí.

Chocamos las manos para cerrar el trato.

Y eso me lleva a principios de agosto.

Al día en que empezamos a vivir en la furgoneta.